

EL BALUARTE

úm. 9.
MADRID

Subscription.—Sevilla: Un mes, 2 ptas.—
Un año, 20 ptas.—Provincia: Tres meses, 7/50
ptas.—Un año, 25 ptas.—Pago adelantado.
Número atrasado, 25 céntimos de peseta.

DIARIO REPUBLICANO

REDACCION Y ADMINISTRACION

Lagar núm. 5.

NÚM. 146

Sevilla—Viernes 28 de Junio de 1901

AÑO XXV

Desagravios á Dios

Siempre á Dios en la boca. Siempre tomándole como amuleto ó como instrumento.

Siempre poniéndole por delante para que les sirva de escudo contra los expoliados y los explotados.

Siempre haciendo de su nombre gala, pretendiendo tienen la exclusiva del Ser Supremo, quien á la voz de un neo filmina los rayos de su indignación contra toda la humanidad que no es nea.

Así prodigan jubileos, funciones de desagravios, trisagios, rogativas y toda clase de cultos y ceremonias completamente profanas, que hasta la misma religión condena, y que su fundador anatematizaría, arrojando á esos mixtificadores de los preceptos y de la moral del catolicismo, para ofuscar á los incautos y apoderarse de sus conciencias, para hacerse dueños de sus bienes.

El domingo último se celebró en Madrid una importantísima manifestación anticlerical, en la que se demostró los entusiasmos del pueblo y el vehemente deseo de las multitudes de ciudadanos honrados de concluir de una vez para siempre con el clericalismo y con las órdenes monásticas. No para arrojarlos de nuestro suelo, pero sí para destruirlos totalmente y aniquilarlos de modo que no deje señal de su paso, para borrar las anteriores vergüenzas y para conjurar más amargas y tristes desventuras.

La manifestación se verificó, apesar de las autoridades y apesar de no haberse solicitado el competente legal permiso.

La autoridad del Gobierno quedó por los suelos, y su prestigio anulado por anteriores tolerancias con la gente clerical, que ocho días antes se habían manifestado también contra las órdenes del gobernador.

Los enseñanzas hemos deducido: primero, que estos gobiernos viven de su misma debilidad, y de una especie de soberanía cobarde; segundo, que el pueblo se mueve, y está dispuesto á ir á todas partes con caudillos que le dirijan y que arrojará al maldecido clericalismo en el momento en que haya quien se ponga al frente del movimiento de acción.

Que esos desagravios ó funciones de desagravios, en beneficio de Dios, son una ficción hipócrita, un arma que tratan de esgrimir los neos, porque ni Dios sufre agravio por la manifestación de las ideas liberales, ni Dios se preocupa de estas cosas, ni la divinidad es la encargada de mediar en las contiendas humanas, ni interponerse en favor de uno ú otro beligerante. Los creyentes son los primeros obligados á no mezclarle en nuestras querellas. Vamos á humanizarle. ¿No le llaman los católicos más ó menos clericales, más ó menos jesuitas ó jesuitantes, rey de reyes?

Pues bien; los monárquicos colocan al rey por encima de todos los partidos y de todas las cabalas políticas, para hacer de él algo superior á las contiendas interiores y á la lucha de las pasiones.

Si Dios es rey de reyes, y además hacedor supremo, ¿por qué esos menguados invocan su nombre divino? ¿Por qué esos miserables letraen el terreno del debate y de la discusión, acaparándosele y considerándose sus predilectos, para exponerle á que se discuta su autoridad y su sabiduría suprema, desposeyéndole del más preciado de sus atributos, la justicia y la igualdad para con todos los hombres, á la vez que el sumo bien?

Vosotros, legiones neas, frailescas y luisinas; estetas virginales que rechazáis la conjunción de la diversidad del sexo para entregaros á los sodomíticos placeres. Vosotros, que adoráis á María, no por ser madre, sí por ser pura y virgen; vosotros agraviáis á ese mismo Dios; vosotros ofendéis al padre, vosotros negáis el más hermoso de los amores, el amor de la madre, y el más puro de los sentimientos, el del cariño filial.

Vosotros sois los que agraviáis á Dios en la figura venerable del padre, en el amor inmenso de la madre y en la grandiosa leyenda del crucificado del Gólgota.

Vosotros agraviáis á Dios, porque negáis la moral evangélica y habéis sustituido el verda-

ro culto católico, aquel por el que tantos cristianos de los primeros siglos sacrificaron su vida.

Vosotros sois los mercaderes afeminados que habéis convertido la religión en ceremonias carnavalescas en que brilla todo menos la fé, la creencia sinceramente profesada; por eso hay que echaros, hay que arrojaros de esos templos de vuestras juergas y de vuestras paganas bacanales, en que brilla la intriga, la falsía y la mentira, para abrir paso amplio á la verdad.

Sin desagraviarle, nosotros los liberales, los demócratas, esos masones odiados y maldecidos, no invocaremos el nombre de Dios, dejando que cada cual le veneré á su manera y en su fuero interno; tampoco pretendemos ser sus representantes, pero como representantes de la verdad, como soldados de la causa del progreso, como hombres que queremos que se respeten todas las creencias y que se garanticen todos los derechos, estamos aquí para arrancaros esa máscara hipócrita con que tratáis de encubrir la desnudez de ideas morales; nosotros os arrojaremos del templo como hizo con vuestros ascendientes directos los escribas y los fariseos el mismo Jesús.

Los que invocáis el nombre de Dios y pretendéis desagraviarle, mentís y ofendéis las creencias, infringiendo alevosa agresión en los sentimientos de los hombres honrados.

A los que mienten y explotan la mentira, es tapan la conciencia y la moral, hay que destruirlos, para que la infección no nos epidemie á todos.

A. A.

CUENTOS Y TROZOS LITERARIOS

POR
J. RODRÍGUEZ LA ORDEN
(CARRASQUILLA)

Acaba de ponerse á la venta en la librería de D. TOMAS SANZ, calle de las Sierpes, y en la Redacción de EL BALUARTE, á 2 pesetas ejemplar.

Los suscriptores de fuera que deseen obtenerlo pueden dirigirse directamente á la Administración de este periódico, que lo remitirá franco de porte.

Murmuraciones

Reclamo para Sevilla el calificativo de uno de los pueblos más liberales de España.

Y si no... á la prueba me remito.

Pamplona, Valencia, Málaga, Ronda, Alcoy ó infinidad de ciudades y pueblos, andan á la greña con eso de lucrar el jubileo papal.

Estacazos por aquí, peñascos por allá, la policía, la guardia civil, los hisopos, el agua bendita... todo lo necesario para aplacar las furias del Averno, que en este caso son furias liberales, todo ha salido á la luz pública para proteger á los fariseos é hipócritas, y no obstante contar ellos con el poder divino, y hasta si se quiere con el poder humano, ha habido la mar de descalabraduras.

Y en Sevilla, que hemos adquirido fama con nuestra Liga Católica ó Miriñaque Religioso, vivimos en la más santa paz, sin que los señores ligueros quieran hacer pinitos por las calles.

Salieron un día, y no se atrevieron á meterse por el centro de la población, sino que anduvieron rondando la cueva jesuítica, encargando en todas las iglesias del tránsito que tuvieran las puertas abiertas por si venían mal dadas y el Sagrado Corazón no los libraba de una peladilla.

El pueblo liberal, que no se los encontró al paso, y que además estaba en el secreto del miedo cervical que les acompañaba, hasta el extremo de prohibir que fueran señoras en la procesión, se encogió de hombros y allá lo dejó que salieran por el barrio de San Vicente, nido jesuítico de la capital.

Pasado aquel arrechucho, que no tuvo consecuencias desagradables, no han querido volver á las andadas, y optan por ganar el jubileo dentro de los templos, cuerda y cristianamente y como debe de ser.

Es así, pues, que la Santa Liga, fundada por los cuatro sacristanes que todos conocemos, se circunscribe exclusivamente á... recaudar dinero—principal objeto de todo lo que se piensa en este arzobispado—y á publicar en el periódico de don Virtuoso las listas de los Sánchez y Gómez que mandan los párrocos de los pueblos por complacer á los consejeros áulicos que regentan esta diócesis.

La mala prensa sigue como siempre; y la buena prensa, esto es, el periódico del arzobispado, tirándose gratis por las barberías de la capital, en las que, apenas lo ochan, lo quitan de enmedio para destinarlo á usos de aso en partes más ó menos sucias del cuerpo humano.

El Miriñaque Religioso es una especie de alcancía que han inventado para alivio de pillos y explotación de cuatro ladroncetes que, sabiendo, como saben, que sus capitales son mal adquiridos, quieren tener patente de corso para seguir despellejando á la humanidad, ganando el sesenta por ciento y las indulgencias correspondientes.

Don Tancredo está mejor de la terrible cornada que le valió dos mil reales, regalados por la infanta. ¡Yay!... Afortunadamente todo aquí no son desgracias, pues se alivia don Tancredo y no se muere Sagasta.

Los sucesos acaecidos en Valencia son de bastante entidad para dejarlos pasar sin hacer mención de ellos.

Los arcundias de dicha ciudad se habían dado cita, juramentándose, ó poco menos, para recibir todos los estacazos que llevarían, y provocando constantemente al elemento democrático.

Celebrábase el acto, al que habían asistido todos y todas las que tenían vocación de mártires, en la iglesia de San Martín, y ésta se hallaba llena cuando un cura subió al púlpito y dijo:

«Es preciso, amados oyentes míos, que luchemos por la religión de Cristo.

Salgamos de la iglesia con dirección á la de Santa Catalina, lucremos el jubileo, y si esos descreídos que esperan en la calle nos apedrean, que nos apedreen. ¡Dichosos nosotros si, maltratados y escarnecidos defendemos, valientemente la religión de Cristo!»

Así las cosas, y las beatas con las enaguas arremangadas para no tropezar, se dispusieron á salir.

Dejemos aquí á un colega valenciano la descripción:

«A poco de la arenga, y cuando los alrededores robosaban gentío hasta el extremo de que la circulación de coches y tranvías era casi imposible, se dió el orden á las beatas y luisas de que fueran saliendo de la iglesia.

Y allí fué troya. El gentío sitiador se apiñaba ante todas las puertas del templo, profiriendo ensorcedores vivas á la República y á la libertad, y mueras á los jesuitas y á la reacción.

La efervescencia era imponente y hacía presagiar terrible tempestad.

Los primeros fieles que se atrevieron á traspasar los santos dinteles de la puerta, fueron tan estrepitosamente silbados, que el terror les aconsejó retroceder.

Nuevamente quisieron tomar salida por las tres puertas de la iglesia, y entonces la gente, apostada en la vía pública, lanzóse garrote en mano sobre los arrogantes defensores del clericalismo... y ¡Cristo nos valga!

Los luisas, desde el dintel de la puerta principal de la iglesia, gritaban rabiosamente: «¡Perros liberales! ¡cobardes! ¡canallas!»

Los sitiadores se abalanzaron garrote en mano sobre los luisas y se estableció una corta lucha cuerpo á cuerpo en el umbral de la misma puerta.

Un garrotazo formidable dió sobre la cabeza de un fornido luis, que ensangrentado cayó rodando en el interior del templo.

Los sitiadores fueron obligados á replegarse á escape dentro de la iglesia, oerrando á duras penas y con toda la precipitación posible las puertas del mismo, pero dentro quedó también un buen número de republicanos que ya habían conseguido ganar terreno en el templo.

Tres mil, cuatro mil, ¡quién sabe cuántas personas ocupaban la vía pública frente á la iglesia de San Martín á las seis y media de la tarde!

Marsellesa á coro, vivas á la libertad y á la república; mueras á los Pantojas y al jesuitismo... el alma del pueblo republicano flotando en la atmósfera, entusiasmado á todos, rebotando en todos los semblantes, en todos, absolutamente en todos.»

Y á todo esto... el Corazón de Jesús sin hacer el milagro de que los garrotos de los liberales se volvieran cañas, sino que cada vez eran más duros de sufrir.

Por fin apareció el gobernador, y la guardia civil, y mediante su intercesión, pudieron salir de la iglesia las y los mártires, arrojando enmedio del arroyo todas las insignias religiosas que llevaban como resguardo.

Dice el colega susodicho:

«Algunas beatas consiguieron salir entre estruendosos silbidos, perdiendo mantillas, oarecitos y rosarios, y huían como saliendo del aguarre entre los improperios é injurias que con gritos ensordecedores les dirigía la multitud.»

Como se ve, pues, lo acaecido en Valencia viene á ser así como el prólogo de lo que, si no cambian los tiempos y el gobierno, habrá de suceder en toda España.

A menos que los españoles nos contentemos con que resulte verdad aquello que decía de nosotros un escritor parisiense: que éramos hijos de frailes.

Ha dado en decir la gente que está la peste en Oporto y que es posible que venga de visita entre nosotros. El concejal Pepitilla va de un lado para otro queriendo ser delegado del municipio... Lo propio que hizo cuando don Fernando, aquel alcalde gracioso que delegaba la vara, para su mayor oprobio, en tipos que lo ponían á caballo sobre el potro del ridículo, y á cuenta de los caudales de propios.

Dicen desde Gijón:

«Viajeros llegados de Langreo dicen que han sido incendiados los templos de los pueblos Moreña y San Juan.

En uno de ellos se encontró un anónimo diciéndolo que todos los templos de la diócesis serán incendiados.

Reina grande alarma por desconocerse quiénes puedan ser los incendiarios y no haberse acertado con la pista de ellos.»

Juraría que antes de quemar los templos, robarán en ellos todo lo que se pueda.

Y en ese caso... yo me atrevería á dar con los incendiarios.

¡Gente de casa, gente de casa!

Noticia importante llegada de Madrid:

«Al jubileo celebrado hoy en la iglesia de San José ha asistido Silvela.

Al haberse la noticia en los centros oficiales se ha comentado irónicamente, por se conocido el voltarianismo de Silvela.

Los amigos de éste dicen que fué acompañando á su esposa.»

Y para mayor escarnio le pusieron Invi.

Ó sea:

Para mayor escarnio del jubileo también asiste á él Silvela.

¡Para que creamos en los milagros del Corazón de Jesús!...

CARRASQUILLA.

Utilidad de lo inútil

Vejo en una revista extranjera que la humanidad gasta, por término medio, cada año unos 70 millones de pesetas en flores.

Alma de la poesía, recreo de los ojos, adorno de los salones, ropaje incomparable de los prados, alegría del olfato, salud á veces y muerte otras, no dejan de ser las flores para el hombre objetos sin utilidad, sobre todo aquellas que sólo se cultivan para encantar la mirada. ¿No es raro, pues, que gaste tan enorme suma de dinero en comprar esas mariposas inmóviles que por la noche han perdido el brillo de sus múltiples alas?

Toda la moral que se aprende en el teatro cabría en un dístico de aleruyas; todos los beneficios que las representaciones teatrales pueden reportar á la humanidad son tan nimios que no hay balanza de precisión que aprecie su peso. Feria de mujeres, satisfacción de la vanidad hombruna, punto de cita para los desocupados, escuela de corrupción las más de las veces, parece que los teatros debieran desaparecer. Muy de otro modo lo entiende la generalidad puesto que en teatros gasta anualmente unos ¡800 millones!

En coches de lujo se emplea cada año más de cincuenta millones. En viajes, que en realidad ninguna ventaja reportan al que los cumple, como no sea la satisfacción de poder decir que han viajado, gastan los hombres unos 550 millones. En pianos y partituras, que sólo sirven para aburrir á los vecinos, 230. En cuadros y esculturas, 22 millones.

Añadiendo á estas sumas la enormísima que representan todos los demás objetos inútiles que hemos convenido en estimar poco menos que necesarios para la vida; las quintas de recreo, que casi nunca habitamos; los jardines, que apenas sienten nuestras pisadas; los cachivaches de toda especie, de que llenamos sin ton ni son nuestras casas; el dinero que se gasta en los cafés, donde nos embrutecemos; el que se va en humo de tabaco, con daño de bronquios y pulmones; el que damos tontamente á los pobres que no son pobres; el que gastan muchos en tener cuadras lujosas, cuyos caballos sólo sirven para halagar su vanidad, y en mil y mil superfuidades más que no hay para qué detallar, puesto que no hacemos aquí un proceso á la humana estupidez ni predicamos un curso de moral, veremos que se llega á una cantidad fabulosa que hace quince años estimaba Ruggins en 9 mil millones, y que de fijo puede doblarse á estas fechas.

Parece á primera vista que todo este dinero es poco menos que perdido. Es una manera como cualquiera otra de movilizar la riqueza, de conseguir, en parte cuando menos, que esté al alcance de todo el mundo. De ceñirse todos los hombres adinerados á gastar tan sólo lo que le es estrictamente necesario, al cabo de pocos años, en menos de cincuenta, la mayor parte del dinero se hallaría estancado en muy pocas manos; aquel que naciera pobre no tendría posibilidad de cambiar de fortuna; acababanse las artes, morirían muchísimas industrias; el progreso se detendría bruscamente para no reemprender su marcha hasta que la utilidad de lo inútil fuera por todos reconocida y volviera á movilizarse la riqueza.

Con los dieciocho mil millones de pesetas oro que anualmente se derrochan, podrían mantenerse holgadamente, hasta cierto punto, unos diez millones de hombres. Sería bastante, indudablemente, ya que no habría que tocar un céntimo del capital y que la mitad de la población de España ó el tercio de la de Italia podría pasarse regalona vida.

Pues bien; funcionando las industrias que alguna vez se han calificado de inútiles, ¿saben los lectores de EL BALUARTE cuánta gente come y vive, más ó menos holgadamente, pero sin conocer al cabo la ley de la miseria? Si no miente la estadística hecha por Meilwy, la friolera de ciento doce millones de seres humanos.

Véase, pues, como lo calificado de inútil viene á ser tan preciso como lo necesario.

MARCO POLO.

De actualidad

En varios pueblos de Asturias han sido incendiadas las iglesias.

En algunas apilaron las imágenes, los confesonarios y los ornamentos. La benemérita persigue á los incendiarios.

En Valencia se han repetido las manifestaciones anticlericales.

Bajó el exterior español. Atribúyese el descenso al sufrido por las acciones de Río Tinto.

Silvela iniciará en el Congreso un debate sobre las manifestaciones religiosas.

Dicen de Gijón que han sido incendiados otros dos templos en Noreña.

Se ha hallado un anónimo con amenaza de destruir todos los templos de la diócesis.

En Pamplona asegúrase que el gobernador prohibirá el Jubileo del sábado para evitar desórdenes.

En la Coruña sigue la sumaria por el casamiento de las dos mujeres. Ignórase su paradero y créese que marcharon á la Habana.

Dícese que Marcela hallábase en cinta, y por evitar la deshonra se inventó el casamiento con el supuesto Mario, á lo que se prestó su amiga Eloisa.

Asegúrase que se elevará á las Cortes el suplicatorio para procesar á Blasco Ibañez, Soriano y Junoy.

En el debate de mañana en el Congreso sobre la cuestión religiosa intervendrán los republicanos.

Londres.—Cerca de Zeerust libróse combate; los boers tuvieron 20 muertos y varios prisioneros; perdieron un convoy.

La Gaceta de Voss anuncia una próxima cesión territorial de Marruecos á Inglaterra, para asegurarla preponderancia en el Mediterráneo,

realizando verdadero protectorado sobre Marruecos.

En vista de las alarmantes noticias de la peste bubónica en Oporto, se ha ordenado en Madrid un riguroso servicio sanitario que funcionará en las estaciones.

En el Estado de Indiana (Estados Unidos) una avenida arrastró un puente y al llegar el tren cayó al abismo.

El gobierno ha recibido noticias de Oporto. Dice invasiones y cuatro defunciones de peste bubónica.

La prensa portuguesa atribuye las conferencias celebradas por representantes de Portugal en Madrid con Almodóvar á asuntos de Gibraltar.

Algún periódico supone que se está en vistas de un rompimiento entre Inglaterra y España.

Weyler propónese impedir que el ejército se mezcle en cuestiones políticas y religiosas.

En Barcelona, con numerosa concurrencia, inaugúrase la Exposición de carbones minerales emparrillados.

En el Consejo de anoche hablóse de la manifestación religiosa de ayer en Madrid formada por personas de la alta aristocracia visitando, los templos en más de 300 carruajes. Dícese que en ella figuraba Silvela y su esposa.

En el debate sobre la cuestión religiosa intervendrá Gamazo.

Defenderá la teoría de que nos regimos por la Constitución del 76, que autoriza como único culto externo el católico.

Para impedirlo se necesita reformar la Constitución.

A consecuencia de los acuerdos del Consejo créese que dimitirán los gobernadores de Madrid, Pamplona y Valencia.

La dimisión de Vega Armijo también traerá complicaciones.

Segovia.—Formidable tormenta. Un rayo cayó en el Convento de las monjas de San Vicente, incendiándolo.

Las monjas corrieron despavoridas, gritando.

Dominado el incendio, sin desgracias.

En Oviedo instrúyese sumaria por los incendios de las iglesias; sospéchase de anarquistas llegados de Buenos Aires; se ha demostrado que los autores no tratan de robar, pues dejan intactos los cepillos.

En el debate sobre los sucesos de Valencia intervendrá Blasco Ibañez en defensa del gobernador.

Dícese que anoche se reprodujeron los desórdenes en Valencia.

Vega Armijo conferenció con Sagasta y anunció su dimisión de la presidencia del Congreso.

Uno de los asuntos que con más detenimiento se trató en Consejo fué el de los desórdenes de Madrid y Valencia.

Moret expuso que en la conferencia telegráfica djóle el gobernador de Valencia que con nueve guardias civiles no pudo reprimir la manifestación de 2,000 personas.

Apedrearón 400 el Palacio Arzobispal y el Seminario.

El gobierno cree que el gobernador faltó á su deber.

Dicen de Valencia que á las siete de la tarde formáronse grupos frente á la iglesia de San Martín, dirigiéndose á la iglesia de la Compañía de Jesús, apedreándola.

La benemérita disolvióse.

Los fieles que habla dentro salieron custodiados por la fuerza.

El Imparcial en un artículo califica de parto anticipado el debate de Silvela sobre las cuestiones religiosas.

En el Senado francés ha comenzado el proceso del conde de Saluces.

Ha declarado el general Zanardelli, el cual asegura la fidelidad del ejército.

El informe del Procurador general pide que se castigue al Conde.

En Bélgica dos sujetos españoles penetraron en un vagón de un tren de la frontera, intentando robar á un viajero, y le hirieron.

Defendióse y tocó el timbre de alarma y los ladrones arrojáronse á la vía, resultando uno muerto y otro grave.

En Leipzig el Tribunal se ha negado á procesar al obrero Welland que arrojó un pedazo de hierro al Emperador.

Dicen de Vigo que la escuadra francesa del Norte zarpó con rumbo al Mediterráneo para intervenir en las maniobras que se preparan sobre Argel.

El rey Víctor Manuel de Italia ha contestado

evasivamente á la invitación del emperador Guillermo para presenciar las maniobras navales de Dantzing.

Corre el rumor de que con motivo de la fiesta del 14 de Julio serán indultados los condenados por el Alto Tribunal de Francia.

Un delincuente

Julio Servy:—¿Tiene usted algo que añadir en su defensa?—interrogó el presidente del Tribunal volviendo hacia el procesado su semblante austero.

—Ya lo creo que tengo que añadir—señor presidente—repuso el interrogado con voz clara, tranquilo, en la que vibraba algo como un dejo irónico, al tiempo que se ponía en pie y pasaba sus manos blancas, finas, aristocráticas sobre la barandilla que le separaba de los estrados—ya lo creo.... Las consideraciones que acaba de exponer con su habitual elocuencia mi ilustrado defensor son, sin duda, muy importantes; pero entiendo yo que no bastan para dar á los señores jurados una idea exacta de uno de los más importantes factores que entran en este proceso, como es la personalidad del procesado: esto es, mi personalidad.

Tan singular exordio levantó un murmullo de curiosidad entre el apiñado público que llenaba la vasta sala de audiencia; y todas las miradas se clavaron ávidas en el héroe de aquella causa que tanto llamara durante cuatro sesiones seguidas la atención general. Era un hombre joven, treinta años á lo sumo, de talle airoso, fisonomía inteligente, aspecto eminentemente *chic*, vestido con sobria y verdadera elegancia. Durante el curso de los debates había demostrado una serenidad casi desdeñosa, defendiéndose primero con sumo ingenio y destreza; luego, oponiendo á los cargos aplastantes que se habían levantado contra él un silencio despreciativo, que más de una vez sacó de quicio al fiscal de su majestad.

—Hable usted—dijo el presidente con acento casi benévolo y sintiendo renacer la curiosidad, más que jurídica filosófica que le inspirara desde el primer día de la vista aquel hombre, aquel acusado, tan distinto de la masa vulgar de delincuentes.

Julio Servy hizo una leve inclinación de cabeza, alisó su sedoso y negro bigote con la mano izquierda, y con una entonación naturalísima, en que se notaba el menor artificio ni propósito efectista, empezó de esta suerte:

—Señores: Véome acusado ante vosotros de un triple delito de estafa, rodeado de todas las circunstancias agravantes que el digno representante del ministerio público ha expuesto y detallado en su largo informe. Sañudo, implacable, ha estado conmigo el señor fiscal, y conste que por ello no le guardo el mas leve rencor; ha cumplido con su deber, exagerándolo quizás un poco; y no por el daño que pueda á mí causarme esa exageración, sino por poner las cosas en su punto, he de hacer algunas manifestaciones acerca de mi personalidad y de las circunstancias que me impulsaron á delinquir. Creo, señores, que en toda delincuencia no basta atenderse á lo que en sí mismo significa y representa el hecho punible: hay algo más que merece también tenerse en cuenta, y ese algo hay que buscarlo en el medio ambiente, en la condición moral y social en que ha vivido el culpable.

Y precisamente de eso mismo ha querido deducir el señor fiscal argumentos en contra mía, argumentos de cargo y no de descargo, juzgando equivocadamente las circunstancias de mi existencia. «No es un desheredado de la fortuna—exclamó en uno de sus más brillantes períodos—el que comparece ante vosotros; no es un hombre nacido en clase humilde, y á quien la ignorancia, la miseria y los malos ejemplos, hayan podido arrastrar hacia el crimen. No; se trata de un hombre perteneciente á las clases elevadas, que desde sus primeros pasos en la vida se vio rodeado de comodidades y de atenciones, que recibió una educación esmerada, á quien se enseñó á discernir lo que es el bien y lo que es el mal, que no tuvo que luchar con las crueldades de la existencia, y que para incurrir en el delito que le ha conducido á ese banquillo, no tuvo siquiera las excusas, las atenuantes morales y sociales que otros culpables podrían invocar.»

¡Ah, señores!... ¡Cuán erróneo es, si bien se es examina ese raciocinio del señor fiscal! Y para evidenciaros este error, permitidme que exponga con la brevedad posible los principales antecedentes de mi vida, los que pueden daros á conocer mi verdadera personalidad moral.

Es cierto que yo nací en dorada cuna, como diría un estilista del antiguo régimen. Mi fami-

lia era rica. Pero mi madre murió al darme á luz, y me encontré desde aquel momento abandonado; que también hay niños que nacen, por decirlo así, abandonados, tanto ó más abandonados que muchos niños ricos.

De mi primera infancia cuidaron sólo unos mercenarios, porque carecía yo absolutamente de deudos próximos y cariñosos á quienes interesara poco ni mucho mi destino. Verdad es que me quedaba mi padre; pero la naturaleza no le había dotado, por lo visto, de la menor parcela de afecto paternal. Era un egoísta refinado, en la más acabada acepción de la palabra. Además, el buen señor no tenía tiempo para ocuparse de un arrapiezo como yo; el atildamiento de su persona, sus cabellos, sus queridas, sus juergas, su partida de caza, sus viajes al extranjero, el club y el teatro absorbían de tal manera todos sus instantes, que realmente no le quedaba al pobre ni un solo minuto para consagrarme á mi insignificante personita. Y de fijo creía él, muy sinceramente, cumplir con sus deberes de padre, pagándome sin regatear una noriña vizcaína, una niña francesa y un aya inglesa, que sucesivamente cuidaron de mi infancia.

Más tarde pasé de la tutela femenina á la masculina, y pusiéronme bajo la égida de un preceptor que habían recomendado á mi padre como un modelo de sabiduría y de virtud. Era un tipo de fisonomía entre austera y dulzona, de aspecto clerical, voz melosa y gestos y lenguaje impregnados de unción. En un principio le tomé por un santo; y como habíamne dejado crecer voluntarioso y caprichoso, me imaginé que haríamos muy malas migas mi preceptor y yo; pero no fué así. Una noche sorprendí á aquel varón ejemplar abrazándose frenéticamente con mi aya inglesa. Desde aquel momento se estableció entre maestro y discípulo una confianza ilimitada: era yo un chico muy precoz, y el hombre instruídísimo, sobre todo en malas artes; y como la prebenda de que en mi casa disfrutaba valía la pena de conservarla, procuró él, y lo logró fácilmente, conquistarse mis simpatías, halagando esos instintos de la bestia que palpitan en el corazón de todo jovencuelo. Muchas e ingeniosas cosas aprendí de tan excelente mentor, y entre ellas la de irregularizar á mi padre una parte del dinero que guardaba en su gaveta: el fruto de esas transferencias clandestinas nos lo repartíamos fraternalmente D. Maximiliano y yo; cuando el autor de mis días se ausentaba, pasábamos nosotros las noches en alegres zamborras, ora con la institutriz inglesa y una camarera muy linda que estaba á nuestro servicio, ora en otras moradas hospitalarias que creo inútil designar más claramente.

Acababa de cumplir mis diez y ocho años cuando cayó tan gravemente enfermo mi padre, que á los pocos días caminaba yo tras su féretro. Tres días antes de morir otorgó testamento, nombrando en el tutor de mi persona, y curador y administrador de mis bienes, á un sujeto cuyo nombre conocéis todos vosotros: al Sr. D. Nicomedes de la Barta, político conspicuo, hoy senador del reino, tan prestigioso por sus virtudes públicas como por sus dotes privadas; varón de suma religiosidad, organizador y miembro de no sé cuántas asociaciones benéficas, juriscónsultor, moralista, publicista, etc., etc.; en fin, una perla. No podían estar mis intereses confiados á mejores manos; y de ello me di cuenta cuando, al llegar a mi mayor edad, me encontré con que las cuatro quintas partes del caudal hereditario habían desaparecido. La expoliación de que fuera víctima era tan notoria, que mi abogado me aconsejó que á la acción civil, exigiendo á mi integérrimo tutor rendición de cuentas, uniera la acción criminal correspondiente por malversación de bienes.

Fuimos D. Nicomedes y yo ante los tribunales; pero tenía el digno señor tan buenos arriños, que salió del lance indemne, y no hubo medio ni de mandarle á presidio por haber despojado á un menor, ni de obligarle á restituir lo que me robaba. Quedó él rico y yo arruinado, nadando él en la opulencia, yo en la estrechez, sin carrera, sin capital, pero con todos los gustos adquiridos de disipación y de holganza.

De toda mi malversada herencia sólo pude sacar unas migajas: algunos miles de pesetas, con las que quise reconstituir una fortuna... jugando. En un principio me fué el azar propicio. Gané enormes sumas que, naturalmente, prodigué con esa inconsciencia propia del jugador. Después de haber ganado mucho, perdí también mucho, y fué desde entonces mi existencia... lo que no podía menos de ser: una mezcla continua de días de esplendor y de días de apuro. Las unas sucedían invariablemente á las otras. Y como por mi nacimiento y por mis relaciones seguía alternando con las altas clases sociales, fuí un tibur de alto copete; que